

VIVIENDO EN EL MOLINO DE LA CUEVA

(*) Hijo de Gregorio el molinero

Miguel Aznar Carbó*

INTRODUCCIÓN

Este relato sólo pretende ser una pequeña aportación a ese magnífico trabajo que la Asociación “El Hocino” está haciendo, hundiendo sus manos en las raíces, en la historia de lo que fue un pueblo eminentemente agrícola y ganadero, aunque más lo primero que lo segundo.

Ello no quita para rendir homenaje a una serie de profesionales (más correcto sería denominarlos gremios), que con el hacer del día a día permitían que la sociedad fuera autosuficiente. Me estoy refiriendo “al zapatero”, “al lucero”, “al barbero”, “al alpargatero”, “al albañil”, “al carnicero” y otros que, aun por no mencionarlos, no son menos importantes, y que han dado “motes” o apodos que se vienen heredando a lo largo de sucesivas generaciones.

Pero hubo un oficio, que sólo se podía ejercer donde había agua, y nuestro pueblo la tenía en verdad, salvo épocas de sequía en las que no quedaba más remedio que sacar la “Virgen de la Aliaga” en rogativa (y bien que se portaba nuestra Virgen), pues bueno, no nos podemos quejar de las aguas de nuestro río en el pasado. Ese oficio era el de molinero, y toda la familia que de él dependía recibía este sobrenombre. Yo en concreto me presentaré como “Miguel el Molinero”, o “el hijo de Gregorio el Molinero”.

EL RÍO AGUAS VIVAS

Este río se caracterizaba por ser de régimen muy irregular. Así, a mitad del siglo pasado, nos podíamos encontrar épocas del año, normalmente otoñales e invernales con un caudal apreciable bastante regular, suficiente para mover la maquinaria de los molinos y cubrir las necesidades de las poblaciones ribereñas, quedando agua disponible para su circulación por el cauce. Era habitual que en invierno se produjera una gruesa capa de hielo, que permitía pasar entre ambas orillas sin hundirse.

La otra cara de la moneda, la constituía el estío. Durante el verano el caudal se reducía al mínimo. La pregunta del millón, es ¿cuánto era este mínimo? Pues bien, era aquel que obligaba a las mujeres a cargar sus cántaros, normalmente tres, uno en la cabeza, y uno a cada lado de la cintura, e ir a los “chorros de Hocino” a colocarlos en los hilos de agua que se filtraban de “la Cantarica”. Cuando digo hilos, quiero decir que pasaba

Blesa, 1948.



Aguadora en Blesa
(1948)

La tía Miguela Naval
Artigas.

Fuente: Instituto de
Estudios Turoleses
Archivo López Segura

mucho tiempo (¿veinte minutos?) hasta que se llenaban. Mientras, era una buena ocasión para “charrar” un rato. Constituía, por tanto, un buen motivo para las relaciones personales.

El agua era indispensable para el lavado, aseo y la limpieza de los útiles de la comida. Los lavaderos del pueblo, que estaban bastante ocupados, eran también una buena excusa, para las relaciones sociales de nuestras madres y hermanas. También en verano sufrían la carencia de agua, y era necesario ponerse el balde en la cabeza con los “vajillos” o la ropa, para llegar a la cárcava del molino, donde había agua, poca cantidad pero había, o a los chorros del Hocino, que curiosamente, hasta en las épocas de mayor sequía, siempre caían hilos de agua, aunque a veces más se parecieran gotas.

Se puede decir que gran parte de la vida social giraba en torno al agua.

Pero hay más: El agua era necesaria para moler los granos que los agricultores obtenían de los campos, fruto de una siembra, y de un siempre estar mirando al cielo, para ver (¿o tal vez pedir o desear?) qué futuro les deparaba la meteorología. Los animales necesitaban comer, las mujeres fabricaban pan a la lumbre de la leña en los hornos. Hacía falta harina de cebada, trigo, etc.

Blesa, durante la segunda mitad de siglo pasado, tenía dos molinos en funcionamiento, que trabajaban para los pueblos de la “redolada”, y varios otros que se encontraban en ruinas.

Mi pequeña historia, no documentada ni investigada, ya que son vivencias y charradas a la lumbre del hogar con mi padre, pretende sacar a la luz algunas curiosidades ocurridas en la penumbra de la cueva del “Molino de la Cueva”. Por no conocer detalles de interés del Molino Bajo no se comentarán más que aquellos aspectos curiosos acaecidos durante aquellos duros años, dada la gran amistad existente entre ambas familias de molineros, puesto que aparte de competidores, en algunos casos nos les quedaba más remedio que ser aliados.

LA CUENCA MEDIA

En la cuenca del Aguas Vivas, existen numerosos molinos situados principalmente en los términos municipales de Huesa del Común y Blesa, y es que para un rendimiento óptimo de la instalación, hace falta un salto de agua de la mayor altura posible y un caudal de agua considerable. Eso hay que buscarlo en el cauce de la cuenca media del río ya que en la cabecera este es escaso, y básicamente ese es el motivo de que se encuentren aquí.

Por otro lado, el subsuelo del lecho del río desde el Morenillo es de tipo calizo, y muy permeable, motivo por el cual, la escasa agua en verano desaparece tragada por la tierra. Evidentemente, en invierno con regímenes altos de escorrentía, no es tan apreciable. El problema es de tal magnitud, que en los años 1940 la compañía de Ribera Bernat, dueña de la minicentral hidroeléctrica alojada en el vientre de la cueva del molino, tenía planes para canalizar en cemento el cauce del río hasta la presa del Hocino.

Hay un dato, muy interesante que corrobora la teoría del río subterráneo. Es la existencia de grandes oquedades, fruto de la filtración de agua de la superficie hacia el interior. Este dato es el descubrimiento de una cueva en al

cabezo de La Burilla al taladrar el túnel de paso del canal. Esta cueva estaba llena de estalactitas y estalagmitas de origen calcáreo, pero con coloración roja debido a la arcilla que también existe en alguna capa del subsuelo. Dicha entrada fue tapada, por lo que no ha habido posterior estudio de la misma. Evidentemente, si se hubiera estudiado, tal vez, Blesa podría haber contado con una curiosidad turística, similar a la del municipio de Molinos. Así pues, no se debería olvidar su existencia, y probable conexión con la cueva del molino. Merecería la pena la investigación de la misma, o la búsqueda de algún acceso.



De menor entidad que el molino de la cueva, hay bastantes molinos a lo largo del cauce medio del río o de uno de sus afluentes principales, el Marineta. Los de Huesa de Común, Plou, y Monforte de Moyuela han estado funcionando durante la primera y parte de la segunda mitad del siglo pasado.

EL MOLINO DE LA CUEVA

La morfología del Molino de la Cueva, es de lo más pintoresca. Dispone de un “cubo” y de un “sobradero o aliviadero” totalmente excavados en roca viva de un diámetro de unos dos metros y una profundidad de unos veinte metros. El cubo permite la alimentación de agua al rodete y a la turbina para generar el movimiento de las dos piedras de moler existentes.

Pero lo que lo hace único, puede que en el mundo, es que se encuentra situado en el vientre de una cueva natural de considerables dimensiones. En ella hay una maquinaria de molienda de un altísimo interés técnico e histórico y puede que única en Europa.

Con el objeto de dar una continuidad a la molienda, esta dotado de una balsa para almacenar el agua, insuficiente en épocas estivales, y de esta forma poder mover la maquinaria adecuadamente, durante el tiempo que dure “una balsada”. Comunica con el cubo por una de sus paredes, del que se encuentra separado por una “reja” metálica, con el objeto de impedir la entrada de ramas y maleza. Era curioso el comprobar que cuando esta reja se obstruía el rendimiento del molino disminuía, teniendo que subir a proceder a su limpieza con un rastrillo. Era bastante habitual en el caso de tormentas cuyas riadas arrastraban todo tipo de maleza.

El agua se traía por un pequeño canal esculpido en las paredes verticales del Hocino, desde el azud árabe al comienzo de la estrecha garganta del mismo. Una inspección visual, así como la tradición entre los molineros (el boca a boca), sitúa como constructores de toda la obra civil, azud, cantarica, cubo y sobradero a los árabes. Vestigios de acequias o canales los hay excavados a golpe de cincel a lo largo de las laderas de los cabezos desde el Morenillo, llegando hasta el azud del Hocino, por lo que no sería descabellado pensar en una evolución desde alguna obra hidráulica árabe cuyo objetivo era traer agua a Blesa.

*Los chorros y el
molino de la
Cueva. 1965.*

*Fotografía de la
maestra María José
Vicente.*

Cuando en otros lugares construyen museos para interpretar “no sé que cosa”, yo me acuerdo y suspiro por ese viejo molino, joya de la preindustrialización en Aragón y en España. Sería una buena idea la conversión de estas viejas joyas, que son los molinos, en museos de interpretación de la molienda o museos del agua, creando incluso una Ruta de los Molinos, a lo largo del río Aguas.



Construyendo la casa del molinero (1930 aproximadamente).

Fotografía de la familia Simón Bartolo

El ser molinero, a la vez que un oficio duro, era puro arte. Es una pena que se pierdan estas profesiones que eran artesanía pura. He aquí el procedimiento de trabajo:

Evidentemente las muelas (piedras de moler) debían girar en suspensión, digamos levitando, con el objeto de evitar el roce de la superior con la inferior. Aun así pasado un tiempo de uso, el rendimiento disminuía al disminuir los acanalamientos que tenían labrados en su superficie y por los que el grano se desplazaba desde el centro hasta la periferia, a la vez que era machacado en el giro de las mismas, haciéndose más fina la harina cuanto más cerca estaba de la periferia.

Realmente el arte consistía en “picar las muelas” con una especie de picos, todo ello a pulso, y sufriendo el ataque de las chispas que saltaban con el repicoteo en el pedernal sobre los brazos. El poner a punto cada molino, fácilmente podía llevar un par de días. Había que comprobar una y otra vez que las superficies estaban totalmente planas, para lo que usaba un “regle” (madera a modo de regla) con un ungüento rojo sacado de minerales existentes en algunos lugares del pueblo. Donde no pintaba es porque había depresión y viceversa. Picar y comprobar planicie se repetía una y otra vez, hasta que quedaba perfecto.

Para ello, debía elevar la piedra superior con una pequeña grúa para darle la vuelta (había que ponerla boca abajo), operación esta bastante peligrosa, ya que se hacía con herramientas bastante artesanales, y cabía la posibilidad de que se fuera al suelo si no se hacía con sumo cuidado.

Por último, había que **contrapesarla** para que no cabeceara, con lo que, tras poner el cajón cubierta y la tolva quedaban listas para la siguiente campaña de molienda.

Existían dos molinos en el interior de la cueva: uno dedicado a grano noble (trigo) y otro destinada al resto de los cereales.

En verdad, la del trigo pocas veces la vi funcionar, ya que durante la posguerra los “de abastos” se preocupaban de que esto no ocurriera. No era un problema insoluble, ya que moler de estraperlo era un riesgo que se asumía utilizando altas horas de la noche, durante las que estos “personajes” de la inquisición franquista dormían, o al menos eso se suponía. De cualquier forma se podía usar para mover el alternador, y dar unas horas de luz eléctrica a los habitantes del pueblo, eso sí, a una sola bombilla de 10 vatios por familia.

El sistema de molienda del trigo era muy moderno, para la época. Estaba movida por una turbina con alabes en los que se podía controlar el ángulo de ataque del chorro de agua, para así variar su velocidad. Esta turbina es una pieza de museo de inestimable valor, aunque su estado de conservación probablemente sea lamentable. Ya en aquella época su conservación requería en algunos casos de especialistas venidos de Zaragoza, aunque con el paso de los años, mi padre aprendió y realizaba estos cometidos. Se completaba esto con un moderno torno para cernir y separar el distinto grosor de los productos de la molienda, en salvado, harina, etc.

En la otra piedra, digamos la de los granos menos nobles, el sistema era el clásico de rodete de madera, montado en unos cilindros puntiagudos de latón (o bronce), a modo como van montados los relojes mecánicos de pulsera. Esta si que trabajaba intensamente, dado que en estos cereales no existía ninguna prohibición. El mantenimiento por otro lado era más simple, solo había que desmontar el rodete, sacar el cilindro, y llevarlo a rectificar (sacarle punta) a un tornero en Zaragoza. Como mucho, esto era necesario un par de veces al año. Evidentemente esto obligaba a ausentarse un par de días, quedando el molino y la familia algo más en precario. La verdad es que a pesar de todo ello, nunca hubo incidencias de especial importancia, salvo la aparición de los inspectores de abastos a horas intempestivas en alguna ocasión.



*¡El Aguasvivas, con agua corriente!
1965.*

Fotografía de la maestra María José Vicente.



Continuará...

VIVENCIAS AL ABRIGO DEL MOLINO DE LA CUEVA (II) SEGUNDA PARTE: INFLUENCIAS ESTACIONALES

(*) Hijo de Gregorio el molinero.

Miguel Aznar Carbó*

EN LA SOLEDAD DE LA CUEVA

Tradicionalmente, en la comarca había dos familias de molineros: La familia Magallón que operaba los molinos de las comarcas de Loscos y Monforte, y la familia Alcaine que hacía lo propio con los molinos de Huesa principalmente y también de Blesa. La fortuna, la suerte y las bodas quisieron que ambas familias establecieran lazos comunes por intermedio de la familia Carbo, cuyas hijas contrajeron matrimonio con varones de las otras de molineros.

Durante los años anteriores al 1936, la familia estuvo operando los molinos de Anadón, de acuerdo a conversaciones con mi padre, él debía tener unos catorce o quince años, por lo que sería bastante probable que la aparición como habitantes en el Molino de la Cueva, fuera una vez terminada la guerra, o en el tramo final de la misma, ya que esos tres años de miseria los pasaron viajando errantes de un sitio para otro. Así pues, podemos afirmar que entre los años 1939 y el 1947, dicho molino estuvo ocupado por José Alcaine Pérez casado con **D^a Miguela Naval Artigas**, y sus tres hijos, una hija Ascensión, un hijo Jorge de descendencia natural y mi padre que lo fue como hijo adoptivo. Diferenciación esta, que no impidió que fuera tratado durante toda su vida por parte de la familia, como un hijo natural aunque fuera imposible la transmisión del apellido a pesar de haberlo intentado (*in memoriam*). Cuando mi padre se casó, mis abuelos se trasladaron a vivir a Huesa del Común, dejando a mi padre como titular del molino de La Cueva, y pasando a ser el único sustento de la recién estrenada familia.

Corrían los comienzos de la posguerra, que tanto daño, miseria y dolor produjo en España y en Blesa en particular por motivos que no vienen al caso. El Gobierno del Estado impuso una economía de subsistencia donde todos los alimentos de primera necesidad estaban escrupulosamente racionados, y evidentemente la producción de cereales absolutamente intervenida. Se liberó parcialmente en agosto del año 1951 para todo el grano excepto el trigo, ya que el pan era alimento de primera necesidad, y por lo tanto, el Servicio Nacional del Trigo obligaba a depositar en sus silos, a precio de intervención, la producción agrícola. Esto tenía fuertes influencias en la vida de un molinero, conforme veremos.

Todos hemos visto alguna fotografía, yo me imagino tomada por un fotógrafo de los de cámara oscura y manga, en la que metían la cabeza, en la que se puede ver la construcción de lo que sería la casa del molinero. Pues bien, sería muy difícil determinar quién fue el primer inquilino, o molinero estable. Yo sólo conozco a uno, y ese era mi padre; ya que mi abuelo José le traspasó esta actividad conforme hemos visto, digamos que como dote o regalo de bodas.

Así pues, sobre el año 1947, el que fuera el último molinero estable (mi padre) se hizo cargo de las tareas propias de esta actividad, pasando a ocupar la vivienda y sustituyendo al que fuera su padre. En aquellos años ya existían los edificios anejos, las casetas de los tocinos (como se llamaban), un cobertizo que constituía el gallinero y donde se guardaban las aves durante la noche, así como el que fuera en su tiempo una fábrica de velas. Estos últimos hoy están hundidos y en ruina.



Las edificaciones existentes hasta el pueblo, consistían en una cueva destinada a la destilación de licores, un cobertizo para fabricar velas y puede que un batán, además de algunas cuevas naturales, con nombres tan sugerentes como “La Cachumba”, “La cueva el Diablo”, etc. todas ellas sin actividad para aquellos años.

Muelas en el molino de la Cueva. (FJLA)

Por lo que alguna vez me comentaron, la primera noche debió de ser horrible. Por otro lado era la noche de bodas. La oscuridad absoluta y sepulcral dentro y fuera del molino, junto a un silencio absoluto sólo roto por los sonidos que se oían o se creían oír, dotaba al lugar de un especial magnetismo y respeto. Terminada la Guerra Civil, todavía se hablaba de los maquis, y el silencio, profundo silencio en un lugar como aquel, sólo era roto por la caída del agua por el sobrero y por los animales que hacían sus rondas nocturnas por los alrededores.

Pero algún sonido debió oírse que sobresaliera algo más de lo normal sobre el ruido de fondo y sobre el miedo subyacente en un sitio inhóspito, solitario y alejado unos kilómetros de Blesa [un centenar de metros en realidad], y tuvo como consecuencia la primera ronda con la escopeta cargada en torno al molino. Con el paso de los años la tensión inicial se relajó, y los silencios rotos por los ruidos pasaron a ser una cosa normal e incluso compañía en la soledad de la vida de los habitantes del molino. En todos molinos suele haber ratas, que aprovechan los cuatro granos que se quedan olvidados por el suelo; los gatos, por tanto, estaban justificados, ya que tenían su trabajo asegurado. Además, había que tener cuidado con cerrar las entradas a las muelas, ya que inadvertidamente podían entrar dentro y ser machacadas y molidas, lo cual podría ser muy desagradable. Pasado el tiempo, los ruidos siempre se asociaban al correr de las ratas, estaban integrados en el ambiente.

El edificio de al lado de molino, era el gallinero, donde se guardaban por la noche todas las aves que por el día habían estado sueltas campando a sus anchas, las gallinas por tierra firme, y los patos por el agua del río o de la acequia (“la zaica” en lenguaje del lugar). Estos últimos hacían largas excursiones por el río, y bajaban hasta el puente aprovechando el tiempo para pescar en su recorrido. El problema les sobrevenía, cuando por causa de una tormenta el río crecía rápidamente, si no se les recogía con celeridad al primer trueno o síntoma de la misma, podían terminar en el pantano de Moneva. Era curioso como su instinto muchas veces les avisaba del peligro, y aparecían en manada a la mínima señal, o bien se salían del cauce del río hacia las riberas

donde más de una vez fueron rescatados. Las zorras también solían hacer de las suyas. Durante la noche se solían dejar los perros fuera de la casa salvo cuando el tiempo era inclemente; y las zorras, aprovechando esto o que los perros se despistaran el tiempo suficiente, se saltaban toda la seguridad de las puertas del gallinero y acababan con casi todos los animales, de forma silenciosa y eficaz. A pesar de que las puertas del mismo eran revisadas una y otra vez, ocurrió más de una ocasión. Todo ello sin enterarnos de que estaba pasando a pesar de la algarabía que debía de montarse durante el ataque, salvo por la mañana cuando despertabas y se descubría el cuerpo del delito.

Por otro lado, la distancia al núcleo urbano también se dejaba sentir. Durante el día la distancia era más llevadera, ya que incluso con los grandes ventisqueros de nieve, a veces existentes, era un paseo a la vez que una pequeña excursión.

Cualquier gestión nocturna, significaba tener que desplazarse por un camino cuya única luz durante la noche era la de la luna si estaba llena. Las rodadas de los carros excavadas a fuerza de circular un día si y otro también, convertían el camino en un lugar idóneo para torcerse algún tobillo, o al menos para quedar sentado en tierra. Mi edad en aquel entonces estaba en los primeros años de mi vida, recuerdo haber hecho la distancia desde la “cachumba” hasta el molino corriendo por la noche sin aliento al oír el menor ruido, casi batiendo marcas olímpicas. Hay que tener en cuenta que con seis o siete años, en un camino solitario, con una mente llena de “ilusiones” y con el miedo en el cuerpo, pues cualquier ruido del mover de una serpiente por las “brozas” puede parecer que se abra la tierra. A veces te cruzabas con algún regante que iba o venía a su huerto, y bueno, también te ponías en guardia.

Otro problema era el desplazamiento del médico del pueblo, en la oscuridad, a atender alguna urgencia de la familia, ya que estas cosas casi siempre ocurren en la noche. El molinero debía tener a mano las aspirinas, y algún pequeño conocimiento médico, cosas estas que los padres aprendemos a medida que nuestros hijos crecen. ¿Y de los sabañones qué decir? No sé el resto de los vecinos de Blesa, pero los sabañones que se criaban en el molino eran de época. Además, picaban como condenados. Menos mal que apareció un ungüento maravilloso que acabo con ellos.

Y además, se puede asegurar que en Blesa se andaba bastante por caminos similares, ya que los riegos en verano, se hacían cuando se podía, o dicho de otra manera cuando había agua, muchas veces por la noche. Nunca sabían cuando les iba tocar “el ador”, aunque siempre era cuando terminaba el anterior regante su turno, y si no lo usabas se te pasaba y lo perdías. Así pues, no era extraño que algunos durmieran en algún ribazo, o que pasaran parte de la noche paseando acequia arriba y abajo para evitar que algún “listo” abriera la tajadera más arriba sin ser su turno. Como vemos la vida nocturna (o noctámbula) no es cosa de estos tiempos, y se andaba por caminos o más bien se tentaba este.

Pero volvamos a nuestro molino, del que nos hemos apartado momentáneamente.

INFLUENCIAS ESTACIONALES

El verano

En verdad había momentos placenteros porque el día era más largo en verano. Al finalizar la jornada nos sentábamos en las sillas y en los escalones de entrada al



molino, a tomar la fresca y a “charrar” sobre la marcha del día. Mientras las muelas del molino consumían la última agua de la última balsada del día en hacer harina, y se debía estar pendiente, ya que a medida que la fuerza disminuía las muelas giraban más despacio y el grano podía amontonarse en la caída de salida de la tolva ocasionando problemas de amontonamiento en el centro de las mismas.

Tolva y guardapolvos en el molino del Vado. (FJLA)

Las noches de verano eran maravillosas. Todo era vida en el entorno que rodea el molino y la naturaleza salvaje se mostraba en todo su esplendor. Los búhos no paraban de emitir su sonido, los grillos cantaban sin parar, los murciélagos revoloteaban incansablemente en busca de alimento, las estrellas brillaban en el cielo con una fuerza y un esplendor que despertaba en mi una curiosidad imposible de describir. De hecho esas estrellas marcaron mis inclinaciones, aficiones e inquietudes a lo largo de mi vida. La temperatura en la entrada de la garganta del Hocino era ideal durante las noches de verano, y algunos vecinos del pueblo solían aparecer en sus paseos nocturnos, lo cual era siempre de agradecer. Las once de la noche era una buena hora para ir a dormir, ya que a la mañana siguiente había que madrugar para aprovechar la escasa agua almacenada durante la noche.

La jornada de un molinero solía comenzar a las seis de la mañana. Al fin y al cabo, se aprovechaba más el agua embalsada y después pudiera ocurrir que algún cliente madrugador hiciera su aparición, y había que estar limpio, aseado y con la primera comida del día hecha, esto es, almorzado. Además, había que aprovechar lo máximo posible el hilo de agua que llegaba a la balsa, que debía de aportar agua durante tres o cuatro horas para su completo llenado. El vaciado era bastante más rápido, en menos de media hora había desaparecido, por lo que el negocio en verano era más bien flojo.

Me olvidaba de las tormentas, esas tormentas de verano con enormes y negras nubes de desarrollo vertical sobre el Hocino. En pocos minutos, se podía pasar de un río seco a una crecida que amenazaba con casi llegar a inundar la entrada al molino. Afortunadamente esto nunca llegó a ocurrir. Era tanta el agua que llegaba a la balsa, que con el objeto de evitar desbordamientos, puesto que el sobradero trabajaba a plena capacidad, el molinero debía arriesgarse e ir hasta la mitad de *la cantarica* en medio de la tormenta con el peligro de resbalar al estar todo mojado, para abrir la tajadera (compuerta) del aliviadero que hay antes de llegar a la balsa, con lo que el agua que entraba era mucho menor y dentro de unos límites de seguridad. La caída del agua era espectacular, similar a la de la cola caballo del monasterio de Piedra. El ruido tanto en el Hocino, como en el sobradero de la balsa era ensordecedor a la vez que estremecedor. Pero el molinero se aprovechaba de estas circunstancias, había

agua en cantidad de forma continua, y se podía acabar con el trabajo pendiente. El patio del molino quedaba limpio de grano, y además, los vecinos conocedores de ello, aprovechaban para traer más grano, con la seguridad de evitar largas esperas.

El otoño

El otoño, se puede decir que era una época del año, que ni frío ni calor. Los días se hacían cada vez más cortos y las noches progresivamente más largas. El paisaje cambiaba, y todo se volvía más triste y frío. Pero el agua también aumentaba lo que permitía moler durante más tiempo. Por otro lado, con los graneros llenos de la siega del verano, pues era una época del año que había un aumento de actividad, tanto de Blesa, como de los pueblos de los alrededores. Así era habitual la llegada de carros repletos de grano de Moyuela y de Moneva a primera hora de la mañana, los cuales descargaban y permanecían allí hasta el atardecer o el momento que finalizaba su molienda.

El invierno

En invierno con días muy cortos y noches más largas, la vida de los molineros era más triste y se llevaba peor. Téngase presente, que la luz que se utilizaba era la proveniente de velas, candiles, y alguna linterna guardada para las ocasiones, y realmente hubo de pasar algún tiempo hasta que hubo luz eléctrica, tema este que se tratará en un apartado posterior. Por otro lado, el frío era considerable debido a las corrientes de aire, que a pesar de tener selladas las grietas de las ventanas con papel de periódico metido a presión con un atornillador, el aire se movía a sus anchas por la casa. Se trataba de paliar con la correspondiente cocinilla o estufa de carbón, situada en la habitación trasera junto a la cocina, que se convertía en cocina, comedor y dormitorio. Cualquier salida de esta habitación suponía casi como atravesar la Siberia o el polo norte. No obstante era una buena estación para la molienda, fundamentalmente de los clientes de Blesa, ya que con días muy cortos, no se podían exponer los vecinos de pueblos vecinos a viajar con tan pocas horas de luz, ya que debían regresar a sus casas antes de la noche.

La climatología en esta época del año era muy variable, y era normal aquello de a “Todos Santos los montes blancos”. Aunque no era muy frecuente, cabía la posibilidad de levantarse uno por la mañana, y encontrarse medio metro de nieve en la puerta, y que durase dos o tres días. Esto podía suponer una serie de inconvenientes bastante graves. No se podía ir al pueblo, no se podía ir a clases al colegio, y había que tener todas esas cosas previstas. La despensa bien llena, y carbón y leña para soportar el frío. Los movimientos quedaban limitados a los edificios del molino, después de abrir caminos con palas. Desafortunadamente, el cambio climático ha hecho que esto no se haya vuelto a ver desde hace muchos años, y aquellas nevadas han quedado para la nostalgia.

Los inviernos eran largos y fríos. Eran normales las grandes heladas que hacían que el río se cubriera de hielo, de grosor suficiente como para pasar caminando por encima. Los grandes sufridores eran los patos, que veían su actividad reducida a cero. En la acequia se les rompía el hielo para que pudieran meterse durante el día. Era curioso ver lo patosos que son los patos cuando caminan por encima del hielo.

A las seis o las siete se terminaba la jornada, y era hora de encerrarse en la habitación caliente en espera del nuevo día. Realmente la soledad era enorme, solo rota por la radio, que cuando había electricidad, permitía escuchar la emisora de la Pirenaica. Pero se debía tener cuidado, ya que estaba prohibida, y la Guardia Civil era asidua visitante de nuestra casa, y llegaban muchas veces incluso a altas horas de la noche, llegando a pasar descansando parte de la misma en la cueva del molino.

La primavera

Como ya he comentado, los inviernos de aquellos años cincuenta ya del siglo pasado, no eran ni comparables a los benignos, calurosos y secos actuales. Así no causaban ninguna sorpresa las nevadas en Febrerico el corto, famoso por su frialdad. La llegada de la primavera era bien recibida, ya que suponía el alargamiento de los días (las horas de luz), lo cual dado el régimen hídrico de aquellos años, permitía un rendimiento óptimo de la maquinaria. Por otro lado los agricultores tenían más horas para desplazarse desde los pueblos vecinos.



Exterior del molino de la Cueva y parte de sus instalaciones eléctricas. Fotografía de Amparo Artigas.

En un lugar solitario como era aquel, la llegada de esta estación suponía una inyección de optimismo, ya que la naturaleza adormilada y en muchos casos aletargada, pasaba a plena actividad. Todo era más alegre, más verde y más floreado. Los animales también contribuían a alegrar aquel entorno. En verdad debo decir que disfrute mucho, especialmente en estos meses, en aquel paraje salvaje y agreste pero muy bello. Aunque no recuerdo exactamente cuantos años vivimos en el Molino de la Cueva, fueron unos catorce, hasta que mi padre decidió que debía trasladar su residencia, a una casa dentro del casco urbano.

La verdad es que el río nunca fue muy caudaloso, pero si lleno de vida. Abundaba la pesca en especies de cangrejo autóctono y barbos, y al haber pocos pescadores, permitía volver a casa con el junco lleno de peces o cangrejos pescados a mano, listos para la cena. Evidentemente, el canal acabó con el ecosistema del río, y en la actualidad quedan especies endémicas, que se agarran con fuerza a los humedales, restos de lo que fue y debió seguir siendo.

Nunca entenderé como se sacrificó un paraje tan encantador, en beneficio de unos regantes de pueblos de aguas más abajo, desviando la totalidad del agua a través de un canal que dejó seco el cauce, y que conduce inevitablemente a la desertización, erosión y a la muerte de las especies forestales, así como a la alteración del microclima de la cuenca del río.

Pero hay que contar a los más jóvenes, que hace años había un río lleno de vida, al menos durante la primavera, y parte del verano, al que se podía ir a disfrutar de la naturaleza.

Continuará...

Historia

VIVIENDO EN EL MOLINO DE LA CUEVA

LA EXPLOTACIÓN DEL MOLINO (III parte)

Por Miguel Aznar

La economía familiar de subsistencia

Según hemos podido ver por las partes anteriores publicadas, la vida de los molineros era dura, sacrificada e incierta, al igual que la de todos aquellos que vivían de la agricultura y la ganadería. Todos ellos dependían en gran medida de los caprichos del tiempo, lo que pasa es que muchas veces los intereses de ambos colectivos eran contrapuestos. En cualquier familia del pueblo la economía se reducía a los productos del campo como cereales, que había que vender si se quería tener algún dinero, o mejor llevar al silo del Servicio Nacional de Trigo a precio de intervención si era trigo, los productos de la huerta que había que planificar adecuadamente para que durante el invierno no faltasen, y los productos del corral que también debían ser bien administrados.

La cadena de alimentación de cualquier familia era la misma:

La agricultura de secano proporcionaba los trigos, cebadas y centenos, que una vez molidos, daban lugar a las harinas.

La harina del trigo, la más preciada, servía para que las mujeres pudieran hacer el pan en forma de hogazas (“panes” en lenguaje del lugar), “guitarras” que eran obtenidas a partir de la misma masa pero aplastadas como tortas, tortas de *chichorros*, magdalenas, roscones diversos con huevos duros y sin ellos; en fin, toda una repostería y panadería. Normalmente, todo el proceso duraba un día desde que se comenzaba a amasar (“masar”), se le ponía la levadura viva, la cual después de fermentar durante un tiempo y que la masa subiera, había que llevar al horno, de leña por supuesto, y al final de la tarde se tenían los panes. Se tenía “pan del día” durante un día y duro hasta la próxima masada. ¿Tal vez un mes? No era extraño el comerse uno “un cuscurro” de pan duro al cabo de los días. Cuando no había harina de trigo, al final de la guerra, el pan se fabricaba de centeno, llamado pan moreno. Luego algunas de las variedades de pan de nuestras panaderías actuales, ya existían antaño, sólo que lo que ahora se compra por capricho o por otros motivos, como su “poder alimentario”, un día lo fue por obligación. La economía de guerra hacía obligatorio el usar otros granos aparte del de trigo.

El resto de los granos y harinas se utilizaban para la alimentación animal, ganado y de corral, que constituían una base importante de la alimentación en huevos, carne de aves, conejos y cerdos. Este último, bien planificado, dotaba la despensa de reservas proteínicas en forma de chorizo, longaniza, jamones, sebos y mantecas para todo el año. El subproducto de desecho del corral lo constituían los “fimos”, que servían para abonar los campos.

De la huerta se obtenían buenas frutas y hortalizas para la alimentación humana y animal, que era abonada con fiemos. Si se quería pasar un invierno sin sobresaltos, era conveniente hacer acopio en el granero de legumbres, patatas y la fruta que se conservara por medios naturales. Esta claro que la dieta era como la de cualquier familia, estrictamente mediterránea: las judías secas blancas y pintas con buenos huesos, tocino, morcilla y demás ingredientes estaban a la orden en cualquier día de invierno y a veces de verano.

Una anécdota es que los cerdos, al menos en el molino, comían caliente: Se cocían manzanas, patatas, verduras, cebada, etc., se les echaba salvado y la masa se les daba a comer. Toda la alimentación se basaba en productos naturales. Es de suponer que en todas las casas sería parecida la vida de “cerdo feliz”, para después llegar a una horrible muerte. Pero saltemos a otro tema que sea menos desagradable que este tipo de sacrificios, que seguro alguien podría describir mejor que yo, aunque no tapar su crueldad. En definitiva, se trataba de la supervivencia del hombre en un estilo de sociedad con un escenario de recursos muy limitados y bastante primitivos.

Así pues, nada se desperdiciaba, todo estaba perfectamente encajado en el rompecabezas de la cadena alimentaria. Se puede decir que casi era una civilización sin basuras, o si se prefiere, ecológica y que reciclaba todo a la perfección. En los campos se podía encontrar alguna lata oxidada de sardinas que algún día debió ser consumida, puede que por algún soldado quién sabe de qué bando, o por algún pastor que decidió hacer una comida algo más excepcional que la de la habitual fiambarrera con tortilla y algo de adobo. Los restos serían consumidos por oxidación por el paso inexorable del tiempo.

*José Alcaine
(principio de la
década de 1920)
Estuvo en el molino
de la Cueva antes
que el padre del
autor del artículo,
a quien se lo
traspasó en su
casamiento.*

Las relaciones entre el amo y el molinero

Pues ha llegado la hora de hablar “del amo” y del molinero. El molinero no podía considerarse un asalariado del propietario del molino. Realmente la relación laboral era la de alquiler mediante el pago en especie al dueño del molino, de una parte de lo que a su vez se detraía a los agricultores de los productos que traían a moler. Es decir, caminaban de la mano como socios en la explotación.

El costo de moler, era aproximadamente de dos almudes de grano por cada saco molido, aunque realmente era función del peso. Mucho, por tanto, se tenía que trabajar para llegar a fin de mes. A pesar de que existían técnicas para aumentar el volumen de la harina, consistentes en mojar previamente el grano, nunca se llevaba a cabo, salvo en casos de extrema sequedad. Quiero con esto decir, que el cobro era el establecido, a pesar de que muchas veces el cliente debía dejar el grano más de un día, y que en el momento de entrar en la tolva del molino no estaba presente. Nunca se “sisaba”, aunque alguien podría decir ¡¡¡Y qué a va a decir el hijo del molinero!!!



Durante muchos años, debido a la posguerra, no estuvo permitida la molienda del trigo; y además, era especialmente perseguida por los servicios “de abastos”. Lo cual no impedía que se moliera de estraperlo como ya se comento en otras partes de este trabajo.

Así pues, debía despistarse a los inspectores “de abastos”, cuya misión era el evitar que los agricultores pudieran moler los trigos, al estar intervenidos, por que lo que está claro que el trigo se molía cuando se podía. ¿Qué otra cosa se podía hacer si se quería comer pan en casa de un molinero que no tenia forma de producirlo?

La “sintonía” con la Guardia Civil de Muniesa era tal, que en más de una ocasión fueron los mismos guardias los que avisaban que se iba a girar una inspección. A cambio, también más de una noche dormían al abrigo de la Cueva, o comían caliente, aunque “el patio no estaba para muchos gastos”.

No siempre estos avisos evitaban la denuncia, ya que bastaba que encontrasen unos miserables granos de trigo en cualquier lugar, es decir: debajo de la cama, entre las sábanas, dentro del cajón de la muela del molino, e incluso el medio saco de trigo que correspondía en el reparto de los cuatro campos que tenía mi padre alquilados “al mediero”. Ello conllevaba siempre multa, que pagaban religiosamente a medias el amo y el molinero, y aunque no puedo recordar la cuantía, era importante para la economía de la época. Contra la denuncia siempre cabía el pliego de descargo, pero siempre era denegado. Eran los años del oscurantismo de la posguerra. De esta manera se pagaron muchas multas que eran terriblemente injustas, pero ¿qué otra cosa se podía hacer si la justicia era la de una dictadura?

La vida de los Guardias Civiles era (todo hay que decirlo) un poco sacrificada en aquellos años de la posguerra; a la vez que muy temidos, o mejor, muy respetados diría yo, por parte de todos los blesinos. Se daba el caso de que a veces, cuando volvían los cazadores de la espera con la perdiz reclamo en el macuto, al encontrarse con ellos, hacían la vista gorda, a la vez que el cazador “mentalmente le apretaba el gáznate al animal”, para que no hiciera ruidos delatadores. Para mí fue muy agradable, con el paso de los años, encontrarme en cualquier parte de la geografía española con un guardia civil con el que “charrábamos” sobre estas y otras cosas, y que se acordaba muy gratamente de su estancia por nuestra comarca.

La explotación del molino se hacía mediante un acuerdo, por el cual el molinero y dueño (“el amo”) se repartían “la maquila”, que es como se denominaba el pago en especie que se cobraba por la molienda. Cada mes, o cuando la cantidad era importante, se procedía al reparto con “el amo”. En los primeros tiempos este reparto era “al tercio” un tercio para el molinero y dos tercios para “el amo”. Yo, incluso siendo muy pequeño, entraba en las discusiones familiares que criticaban este reparto, ya que me parecía auténticamente injusto. Así que en algún momento (¿años 1960?) mi padre se debió de decidir a reclamar un reparto más justo, pasando este a ser a medias. Pero el volumen de lo molido ya no era tan elevado, puesto que en los pueblos vecinos ya disponían de otros medios de molienda, además, la pluviosidad empezaba a acusar el venidero cambio climático. Los inviernos eran menos

fríos y lluviosos, al igual que los otoños y primaveras. Y todo ello a pesar de las rogativas y las romerías a la Virgen de la Aliaga.

Las relaciones entre el molinero y el amo eran realmente cordiales a la vez que respetuosas, y de vez en cuando se recibía su visita en el molino. D. Miguel Simón era una persona muy afable y cariñosa, o al menos a mí eso me lo parecía. De todas maneras, muchas veces he pensado que las relaciones eran las propias de los tiempos que se vivían, y por lo tanto, “normales” en su contexto. Así se podía uno encontrar con el “tío Agapito, el ...” o “el José, el ...” pero también con “don Miguel”, diferenciación esta, que se hacía en base probablemente a tradiciones provenientes de generaciones anteriores, o tal vez a “posos” de lo que debió de ser una sociedad medieval.

De molinero a “lucero”

Pero en la Cueva no sólo se molía. También se producía energía eléctrica, utilizando la fuerza motriz de una turbina (última generación en la época). Corrían entonces principios de los años cincuenta según mis recuerdos, aunque bien podrían no ser totalmente ajustados a la realidad.

Una enorme correa (al menos así la veía yo con mis cuatro o cinco años) unía la turbina del piso superior (al fondo de la cueva), con el generador que se encontraba en el inferior, el cual, mediante la línea existente con el pueblo, alimentaba la red eléctrica a 110 voltios. De esta forma se daba electricidad a las pocas bombillas que había en las esquinas de las calles de Blesa, a la vez que se daba luz a los privilegiados vecinos que podían permitirse el lujo de pagar los pocos céntimos de peseta por el suministro. Normalmente, dentro de las casas se tenía una sola lámpara de 15 vatios, por lo que no era extraño recibir a los visitantes en la puerta de las casas candil en mano, o con un largo cable que permitía bajar con la bombilla hasta la puerta o moverse en las estancias de la casa.

Por otro lado, la duración del suministro diario, salvo que sobrara el agua y sujeto a las variaciones estacionales, nunca sobrepasaba las dos horas en el mejor de los casos. Era curioso ver como, cuando la balsa del molino se vaciaba, al final, la luz de las bombillas iba disminuyendo de intensidad, hasta que se apagaban definitivamente. Era la hora de ir a la cama, o “al catre” como acostumbraba a decir mi padre. En invierno, al anochecer, sobre las cinco de la tarde, la luz eléctrica se extinguía unas horas más tarde en función del agua existente, y una gran tristeza, a la vez que deprimente atmósfera merodeaba o más bien se adueñaba no sólo de la cueva del molino, sino de todos y cada uno de los rincones de nuestro entrañable pueblo. Hay que decir que los inviernos en aquel paraje impregnaban de soledad todos los rincones. La electricidad alegraba, o mejor, alargaba la agonía del día unas horas, retrasando la llegada de la oscuridad de la noche. A veces, el frío helador se aliaba con la luna llena y el gemir de “la zorra” para hacer más profunda la noche y más fuerte la helada mañanera.

Debió de ser posterior a la mitad de los años cincuenta, cuando se instaló un grupo electrógeno movido por un motor de gasoil. Creo recordar que su fabricante era *Perkins*. Lo más curioso es que el tubo de escape salía



De pie, Pedro Millán Nuez y su esposa Ascensión Alcaine Naval. Sentados, José Alcaine Pérez, su esposa Miguela Naval Artigas, molineros en el molino de la Cueva.

En el regazo de la abuela, el hijo o hija de los primeros.

Mediados de los años 40.



directamente a la sala donde se encontraba, es decir, medía medio metro, por lo que había que tener todas las puertas abiertas de par en par para evacuar a la calle los humos, montones de humos que producía. Ahora sí era posible el mantener el suministro eléctrico más tiempo, y de hecho así se hacía. Al fin y al cabo, sólo era cuestión de respirar durante más horas los gases dentro de la cueva del molino, a la vez que soportar el gran ruido que producía. Pero evidentemente constituyó un avance tecnológico para la época, aunque no fue utilizado durante mucho tiempo.

Ya bien avanzada la década de los cincuenta se instaló el suministro eléctrico por línea de alta tensión desde Escatrón a través de Muniesa y Montalbán, y los equipos de transformación se situaron justamente debajo de la sala principal que servía de dormitorio. Por lo tanto, la familia pasó a dormir justamente encima de un peligroso transformador eléctrico. Para hacernos una idea, la distancia que había entre los cables de alta tensión y la cama podría ser del orden de 2 metros, aunque entonces, las normas de seguridad eran inexistentes. Durante las tormentas eran muchos los rayos que entraban dentro del cuarto del transformador fundiendo el cable de conexión o de acometida que lo alimentaba. Las calaveras con las tibias cruzadas, señal de peligro, estaban en muchos sitios de aquella casa.

Esto significó un progreso ya que el suministro pasó a estar garantizado las 24 horas del día, sin interrupciones, así como el alumbrado de las calles durante las horas de oscuridad. Toda la maquinaria existente en la Cueva, fue desmontada y retirada, por lo que hoy solamente se pueden ver las bancadas de cemento en donde en un tiempo hubo generadores y motores.

El alumbrado del pueblo, colocado estratégicamente, disponía de tres cuchillas (*seccionadores*), en la Calle Verde, Calle el Medio y Calle Baja, que había que conectar al atardecer y desconectar al amanecer, durante todos los días del año, para “dar la luz al pueblo”. De aquí proviene el sobrenombre “del lucero”, que a su vez, era el nombre que recibía la persona encargada de ir encendiendo las lámparas de aceite en años anteriores al advenimiento de la electricidad, y previsiblemente habían estado tibiamente alumbrando cada una de las esquinas en aquellos años del “¡agua va!”. De estas que mi padre se vio convertido de molinero en lucero, o según quien hablara de él, las dos cosas.

Ya era posible disponer de más bombillas en las casas, y de hecho, el molinero vio potenciadas sus funciones de electricista e instalador, hasta el punto que pasaron a ser su actividad principal. Además, paso a ser empleado de la compañía de electricidad, llegando a cobrar unas trescientas pesetas al mes de salario. Seguramente las ganancias eran muy superiores a las que se obtenían de la molienda, y otra ventaja era que no había que repartir con el amo del molino.

La demanda de instalaciones en las casas, que llegaban a incluir cada una de sus habitaciones y dependencias, fue en aumento. Esta actividad la tuvo que aprender mi padre por sí mismo, pero hay que tener en cuenta que en la época que estamos hablando, se podría considerar “tecnología punta”, por lo que era admirable verlo trabajar en instalaciones industriales, como la fabrica de embutidos que un día existió, aunque sin mucho éxito, o en la carpintería del

pueblo. Esta carpintería es un modelo de evolución en la artesanía de trabajar la madera. De herramientas manuales se paso a un régimen preindustrial que incluía hasta máquinas movidas por energía eléctrica trifásica!, aunque la mayor parte del trabajo se hacia artesanalmente por los hermanos Lomba, a golpe de cincel y martillo.

Los contratos de la luz, se podían hacer de varias maneras:

A tanto alzado, pagando siempre la misma cantidad mensual, para lo que se colocaba un limitador conocido por “una rata” que se disparaba cortando la luz si se pretendía consumir más de la cuenta.

O bien **por contador**, por el consumo realizado, en cuyo caso el responsable del corte de suministro era un fusible, y el usuario disponía de más facilidades para colocar más luces en su casa.

Pero volvamos al molino. Llegados a finales de la década de los cincuenta, la compañía eléctrica decidió que había que sacar las instalaciones de transformación fuera de la cueva del molino, por lo que se construyó un edificio al lado del gallinero, y se trasladaron allí todos los equipos. El peligro de explosión, incendio o electrocución había desaparecido.

Los años siguieron pasando de la misma manera que habían llegado a este punto, pasando a ser rutinarios. La actividad de la molienda estaba decreciendo debido al progreso de otras formas de hacerlo en fabricas que no estaban sujetas a las incertidumbres atmosféricas, y prácticamente, sólo la cebada, avena y centeno eran molturados para una cabaña de caballerías, cada vez más desplazadas con el paso de los años por tractores agrícolas.

A mitad de los años sesenta, la familia se trasladó a vivir a una casa en el pueblo en la calle Verde. El porqué esta operación no se hizo antes, pues es fácil de entender. El contrato con el amo del molino, aunque no estaba escrito, incluía entre sus cláusulas, por un lado la de vivir obligatoriamente en el molino, y por otro, el estar allí para vigilar posibles expolios y robos; tengamos en cuenta que los años que corrían, eran los de la posguerra. Pero con el paso de los años y al no oponerse la otra parte del contrato, “el amo”, esto fue posible y se hizo. Las ventajas que vivir en el pueblo llevaba aparejadas eran claras y notorias. Ya no era necesario el caminar a oscuras para contingencias nocturnas. Las caminatas a la escuela, se reducían en distancia y en tiempo, aunque ya por aquel entonces las nuevas escuelas habían sido inauguradas, y la civilización se había aproximado hacia El Hocino.

Algunas consecuencias de la electrificación

Más que hablar solamente de la electrificación, sería más correcto el hablar de la llegada de los nuevos aires preindustriales.

Pero antes veamos algunos procesos que tenían lugar hasta llegar el grano al molino. Evidentemente, si la climatología había sido buena, los sembrados crecerían más y la siega sería más fácil. Se podía elegir entre dos sistemas de siega: o bien se tiraba de hoz y guadaña, o bien se usaban segadoras, maquina esta que hacía más llevadera y rentable la siega.



Ascensión Alcaine Naval (en el centro), con dos amigas.

Principio de los años 40.

Fotografías de Miguel Aznar.

Posteriormente, la mies era llevada a la era, y tras esparcirla era triturada con un trillo tirado por caballerías. Las piedras de sílex que llevaba eran las encargadas de desmenuzar la mies en paja y grano, a base de dar vueltas incansablemente durante todo el día.

Después era el momento de separar la paja del grano. La operación se denominaba “aventar”, y podía realizarse de forma manual, valiéndose de la fuerza del viento, a primeras horas de la mañana o la tarde, estando de nuevo en manos de la climatología, o bien mediante unas maquinas aventadoras, que producían el viento necesario, y, además, cribaban el grano, separando en este algunos subproductos así como las pequeñas piedrecillas que lo acompañaban. La actuación en un principio era manual, mediante una manivela. Aquí es donde la electricidad aportó sus ventajas. Se les colocó un pequeño motor eléctrico, el cual actuaba en el mismo eje que la manivela, liberando de este penoso trabajo a alguna persona.

Por tanto, fue necesario hacer la red de distribución a lo largo de las eras del Castillo, y todavía pueden verse los vestigios de ello en algunos lugares. Realmente fue un éxito, aunque de duración muy breve.

Declive de la sociedad artesanal y agrícola

En la década de los sesenta, con la aparición de las cosechadoras y tractores, estas actividades fueron revolucionadas, y de hecho, se podría decir que constituyen un recuerdo más, al igual que el de los alpargateros, molineros, afiladores y demás gremios que un día fueron actividades de cierta importancia. Las caballerías fueron desapareciendo progresivamente, y con ellas los buitres del barranco. El abono orgánico tuvo que ser sustituido por abono mineral, y en definitiva, lo que se había venido haciendo durante decenas de años, en unos pocos cambió. Incluso se podría decir que aquellos agricultores que continuaron con la actividad, hacían una agricultura más científica que ecológica.

Ese frágil equilibrio del sistema se vino abajo, y unas cosas precipitaron la caída de las otras, y lo que fue modelo de agricultura ecológica dejó de serlo. Además, la vida en Zaragoza era de más calidad y con más comodidades, el trabajo abundaba y los sueldos no estaban mal. Tampoco había que preocuparse de si nevaba, llovía o estaba nublado con riesgo de tormentas y granizadas. Los más emigraron a Zaragoza buscando (y encontrando) una vida mejor; además, con un poco de esfuerzo, hasta se podían cultivar algunos campos durante los fines de semana, y sacarse un sobresueldo extra. Además de que el trabajar por cuenta ajena garantizaba el cobro de una digna pensión de jubilación, cosa que como agricultor era más difícil de conseguir.

La población pasó a ser de unas pocas decenas de habitantes durante el invierno. El pueblo se convirtió en un lugar de veraneo, y la llegada del agua corriente a las casas, fue el catalizador que hacía falta para que sufrieran las viviendas una profunda remodelación y mejora. La albañilería reapareció. Por fin se podía uno sentir como en la capital cuando iba a descansar o de veraneo.

Zaragoza, marzo 2003

Publicado en: Revista cultural El Hocino

Editada por la Asociación cultural El Hocino de Blesa (Teruel)

Contacto: blesa.elhocino@gmail.com

Web: <http://elhocino.blesa.info>

Autor: Aznar Carbó, Miguel

Viviendo en el molino de la Cueva (I) - Recuerdos biográficos - Recuerdos,
EL HOCINO (Nº 6: pág. 03-07) [04/2002]

Viviendo en el molino de la Cueva (II) - Recuerdos biográficos - Recuerdos,
EL HOCINO (Nº 7: pág. 03-08) [08/2002]

Viviendo en el molino de la Cueva (III) - Recuerdos biográficos - Recuerdos,
EL HOCINO (Nº 9: pág. 17-23) [04/2003]

En Internet en

<http://www.blesa.info/genMiguelAznarCarbo-ViviendoEnMolinoLaCueva-Blesa.pdf>